

horror salió de todas las gargantas. El niño quedó un momento inmóvil, luego se alzó sobre sus piernas débiles y dió dos ó tres pasos, aturdimado; desvanecido al fin, fué á caer de nuevo en la vía inmediata, por la cual debía pasar á los pocos minutos el expreso.

Debió ser aquel un momento de angustia suprema para la madre y sus acompañantes. Locos de terror, tiraron del timbre de alarma; pero el timbre no funcionó. En el espasmo del terror vieron acerse el expreso, mansa, implacablemente, con su máquina negra y colosal, prodigiosa, enorme, semejante, como dijo Curros Enríquez, á *unha Nosa-Señora de ferro*. Y gritaron hasta enronquecer, y agitaron sus brazos con ademanes que, en fuerza de ser trágicos, debieron llegar á ser apocalípticos. El niño parecía dormir allá lejos, apoyada sobre los rieles la hermosa cabeza de rubias guedejas, como escuchando la oración que desde la tierra elevan á la inmensidad de los cielos las cosas inocentes secretas...

Y el tren avanzó, impasible, trágico; y pasó sobre la cabeza angelical, trocándola en masa sanguinolenta, aplastada é informe.

El ángel de la guarda se había dormido.

* * *

«Nada más fácil—ha escrito Quintiliano—que secarse las lágrimas.» Aun en estos trances en que el horror nos desvanece, aconseja el admirado Nietzsche reír. Entra acaso en el plan admirable de las causas finales que los niños se caigan de los departamentos de segunda y vayan friolentos de puerta en puerta pidiendo para el Sagrado Corazón un óbolo. Además, si todos los niños vivieran so-

brarian muchos opositores á las plazas de interventores del Estado, de telegrafistas ó de topógrafos, porque no es de creer que el Estado resolviera de golpe la cuestión agraria... Todo va bien y está admirablemente dispuesto, decimos con los ojos llenos de lágrimas.

Sin embargo, aun quedamos unos cuantos ilusos que quisiéramos enmendar la plana á la fatalidad, que deseáramos que se cerrasen cuidadosamente las portezuelas de los vagones, que funcionasen los timbres de alarma, que no se enviase á las niñas de seis años á pedir limosna de puerta en puerta. Somos los desequilibrados, los locos, los rebeldes; para nosotros no habrá benevolencia; merecemos la miseria y el abandono en este mundo y la condenación en el otro. Amén.

Alas

¿Es verdad que hemos de volar? ¿Es cierto que ha de ser atendida la última súplica de Michelet y que pronto tendrá alas, no sólo el genio, sino la grosería y la vulgaridad? Ved enunciada la primer amarga defección. La idealidad surcando el espacio sería maravilla prodigiosa y sublime; algo como la realización de un ensueño. Pero la bajeza, la necedad, elevándose sobre el saber y la virtud para transponer las más altas cumbres y recibir sobre ellas el beso de los primeros destellos del crepúsculo, sería un acontecimiento inaudito, algo que haría al espíritu desfallecer en la mortal, postrera, irremisible angustia.

Y ¿quién es el hada encargada de emular á Icaro en sus ansias y de hacer surgir algo nítido y leve en las affigidas espaldas del hombre? ¿Es el

Arte tal vez, *alma mater*, inmortal genitor de grandezas? ¿Es la Metafísica, delirio augusto, adivinación luminosa de lo Increado? No; es la Industria, topo incansable de minas argénteas, buscadora avarienta de vetas de oro, impasible deidad prosaica, que rinde sus frutos, no al más sediento, no al más noble, sino al más encumbrado, como la higuera crespa del oasis.

Mujer oscura y triste que cuentas las horas inacabables de abandono por ensueños frustrados; artista ignorado que acaricias gloriosos delirios, victorias espléndidas y definitivas que nunca llegan; pobres indigentes, trabajadores irredentos... No; vosotros no volaréis... El espacio, como la tierra que se mide en parcelas, como el agua que se inscribe y legaliza en el manantial, será para los poderosos, para los fuertes. El pájaro es bello, ha dicho Víctor Hugo; pero escapa como la dicha, cual el contento es fugitivo. Contentaos con recorrer a solas con los ojos cerrados la inmensidad azulada y refrigerante, con cabalgar sobre nubes de imaginarios cúmulos. No estorbará vuestra ascensión misteriosa ni la cobardía ni el egoísmo. Seréis de aquellos pájaros que, según Toussenel, aman mucho, y a veces, aman siempre.

Consolaos con este prolegómeno de todo saber. Es para la mendicidad harto estrecho el espacio infinito. ¿A qué altura subirá la bajeza que no ras-tree? En cambio, vosotros no tendréis sino mirar en la noche serena el parpadeo de las constelaciones lejanas, para sentir el compás majestuoso y solemne del propio aleteo. No necesitáis sino extender los brazos en cruz para experimentar el vértigo de las excelsitudes dolientes. En tanto que recen vuestros labios la magna plegaria que no tiene fórmulas y rime vuestro aliento la placidez de la

paz soberana con cielos y tierra, cerrados los párpados, doblada la cerviz, sentiréis en torno vuestro el hervor del excelsior.

Entretanto, disponeos a ver cómo surca el espacio la riqueza. A modo que en el torbellino de Paolo, tiene todo frenesí en el planeta su vértigo insensato y absurdo. Después de recorrer la tierra y el mar, de hastiarse de todos los goces y agotar todas las sensaciones bizarras, necesitaba la opulencia lanzarse al espacio y realizar en él actos de dominio. Y con ser el espacio tan grande, aun ha de ser mayor el hastío, y en plazo cercano, fatigada ya de su vuelo estéril, se preguntará desasosegada é inquieta si no hay más allá de la atmósfera otros dominios que vindicar y otras preeminencias de que disponer.

No es ese el vuelo con que hemos soñado todos los humildes en nuestras horas de abatimiento ó melancolía. No aparecía á nuestros ojos ningún aborrecible y pesado armatoste, absurdo con su complicación de engranajes, ruedas, motores, girándulas, lienzos, palancas y manivelas. Tampoco embarazaban nuestros ademanes y movimientos las alas pesadas del buitre, ni siquiera las niveas que Milton coloca en el torso perfecto de Luzbel. Sin realizar el menor movimiento ni hacer el más leve ademán, éramos conducidos como en volandas en una especie de suave deslizamiento sin roce ni obstáculo. Y era así como nos íbamos elevando hacia la región de la luz, hacia lo desconocido inefable, hasta llegar á una extensión sin fronteras ni límites, en que el dolor era suprimido y el espíritu mismo descansaba en la completa absorción del Nirvana, sin dejar de sentirse noble como la piedra incrustada en la tiara que tuviera conciencia de su esplendor.

Cabalgar sobre un artificio de acero á noventa, á cien, á quinientos kilómetros por hora, con la mano fija sobre el timón y la mente en el agobio del siguiente día... Todo eso es muy poco.

Wright, Zeppelin y Delagranje podrán elevarse algunos metros sobre la superficie del planeta. La industria no acertará jamás á alzarse la altura de un gemo sobre las miserias humanas. Ella dirá que vuela; pero no la creáis, no puede volar; es egoísta.

Es posible que, en lo futuro, se realice el fantástico ensueño que Nozière describe en *Le Temps*. Dueños del espacio los hombres, un día habrán olvidado el andar; sus extremidades se habrán atrofiado y será preciso que un inventor ensaye la marcha con muletas sobre el suelo virgen de huellas humanas. Y se mirará tal vez como una prodigiosa conquista el poder mantenerse en pie sobre la tierra madre, á que los titanes volvían para recobrar sus fuerzas agotadas en las colosales empresas épicas. Entonces, si el industrialismo tornara á mirar hacia abajo, ¿haría sino lo que es propio de su mezquindad?

Pero las almas soñadoras seguirán mirando hacia arriba, adonde no pueden llegar los motores, adonde es el vuelo incesante y sereno, porque es la peregrinación, el éxodo hacia lo Absoluto...

El escudo

Lector, ¿tienes miedo á la muerte?

Sin que lo jures, presumo que sí. Lo desconocido es muy serio; el propio Cid, Suero de Quiñones, don Tancredo y demás héroes de romance, debieron

sentir más de un escalofrío al realizar sus más estupendas hazañas. Una cosa es afrontar el peligro cuando es menester, y otra despreciar la muerte, locución que no deja de ser un tropo, cuando no una solemne tontería.

La muerte de que hoy quiero hablarte no es la que á todos nos llega tarde ó temprano, ni mucho menos la *eutanasia* que Schopenhauer consideraba poco menos que final envidiable. Me refiero á la muerte violenta. ¿Temes ser asesinado, lector? Si contestas que no, puedes dar la lectura por terminada; contigo no reza lo que escribo, ni mis consejos han de servirte para maldita de Dios la cosa.

¿Es que, por tu desdicha, temes sufrir el destino de Abel, de César y de la famosa mujer del saco? En tal caso, recuerda el proverbio que declara poca toda precaución; prevenite, toma tus medidas, adopta, en fin, aquellos cuidados á que acude el varón prudente en situación tan amarga como trisísima.

En primer lugar, no salgas á la calle. Cualquiera de tus enemigos puede hallarse apostado donde menos puedas imaginar. Si no tuvieras más remedio que salir de tu habitación, cúbrete de mallas de acero, rodéate de amigos y defensores, pasa por donde fueres como un meteoro; pero lo mejor será que jamás te muestres en público, por si acaso, y limites tus excursiones á cualquier jardín apartado, en donde no sea la entrada asequible sino á los tuyos.

Ten cuidado con lo que comes. No sólo el pez muere por la boca; nada menos que papas y reyes han perdido la vida por gustar un plato apetitoso. Cualquiera Tirteafuera habrá de serte menos molesto que el pavor de los tósigos. Mira bien donde duermes; examina los vestidos de que te cubres;

haz analizar previamente todo objeto que haya de llegar á tus manos. Los medios á que suele acudir un asesino son tan varios como los grados de su maldad.

Ni aun esto bastará á dar á tu espíritu el sosiego. Habrás de desconfiar de tus hijos, de tus hermanos y aun de tus propios progenitores. El parricidio y el fratricido no han respetado jamás jerarquías. En la caza mató á su hermano Berenguer Ramón, y en la guerra al suyo don Enrique de Trastámara; pero en su cama y á manos de los suyos perdieron la vida no pocos magnates y soberanos. No te recomiendo que encargues á tus subordinados que velen tu sueño, por temor á que puedan hacer irrespetuosamente contigo lo que la guardia de palacio con los últimos soberanos de Servia.

Cuando despiertes, mira á tu alrededor. ¿Quién te dice que tu asesino no se halla escondido tras de un tapiz? Agujeréale como Hamlet, y no vuelvas el acero á la vaina hasta registrar todos los rincones del aposento. Haz que tu perro pruebe el desayuno, y espera una ó dos horas antes de gustar el manjar. Haz pasar uno á uno á tus familiares, y exígeles juramento solemne de que no esconden felonía. Registra, además, en sus escarcelas por si en ellas hubiere pomo ó sortilegio maléfico. Luego que se hallen en tu presencia, mírales fijamente á los ojos, por adivinar si se turban; escucha con ansiedad sus palabras, por si encerraren reticencia; estudia sus movimientos más nimios, por si en ellos signos hallares de perfidia, rabia ó desdén.

¡Oh mortal inquietud de quien teme! Aun es menester que, conforme al precepto místico, cuides de vigilarte á ti mismo. Acaso fomentan tus enemigos tus vicios, para que ellos te maten; tal vez encienden en ti los deseos letales, para que á sus

arrebatos sucumbas; posible es que el mismo temor acorte tus días, y contra él has de prevenirte como contra un invisible suicida.

Hecho todo esto, podrás, si los hados lo permitieran, vivir. Pero yo te pregunto: ¿para qué? Tu existencia será un sobresalto no interrumpido, una insoportable y ruda agonía. Incapaz de saborear un solo placer, bastaría á amargártelos todos el desprecio á la humanidad, hostil para ti como el lobo, artera como el tigre, codiciosa como la pantera. Tú mismo te juzgarás despreciable, cuando has podido suscitar el odio, al extremo de serte imposible la confianza en tu propio destino.

¿Te parece monstruoso cuanto te digo? ¿Juzgas imposible seguir mis consejos? En tal caso, te propongo otro medio de vivir y morir tranquilo: hazte amar. Ni corazas, ni esbirros, ni suspicacias podrán darte la tranquilidad que te dará el carecer de enemigos sobre la tierra. Podrá la muerte llegar hasta ti; pero, por el pronto, sabes algo que es importante: no la mereces. Y al no merecerla, la traición misma será desarmada, convencida de que, al darte la muerte, tendrá que discernirte la glorificación y el respeto.

Hazte amar; no hay nada más fácil, más hacedero, más grato y sabroso. Tu grandeza será tu sostén; tus acciones serán tu cortejo; tus merecimientos tu escudo. Confiado en ti mismo, podrás discurrir entre las muchedumbres, que se descubrirán á tu paso ó te galardondarán con su respetuosa y muda indiferencia. Podrás dormirte junto al brocal, bien seguro de tu buena fortuna. Y si á pesar de todo, una mano aleve se atreviera á manchar de sangre tu túnica, sabrás apreciar en el postrero y supremo minuto cómo puede haber dignidad y belleza en morir.

Pedrería

Como Villena el oro, M. Lemoine fabrica diamantes. Introduce en un aparato no sé qué polvos y limallas, somete todo al fuego, padre supremo de grandezas, y los diamantes aparecen, no ya cristalizados, sino, ¡pásmense los lapidarios! tallados en limpias y sutiles facetas. Y ¿no es bueno que todo París discute seriamente la invención del nuevo Cagliostro, y aun el más que opulento Wernher, víctima de su labia, vacila y titubea antes de pedir que le sea negada la libertad?

Fabricar magnificencias ya es algo, aun cuando esas magnificencias sean de similor. ¿No deslumbra también lo deleznable? Los tesoros, para ser codiciados, no necesitan tener valor sino en la mente de quien los reune. «¿Qué diferencia hay—dice nuestro Luis Vives—entre almacenar oro y amontonar barro, sino el mayor trabajo que la guarda de aquél ocasiona?» Venga lo que sepa brillar, diamante ó espejuelo, puesto que todos en el mundo, quién más, quién menos, llevamos en el alma una alondra.

Calculad el verdadero valor de las riquezas que codiciáis, y veréis que os atormentáis á las veces por puñados de polvo luminoso. Todos soñamos alguna vez con poseer un palmo de terreno, del cual tomaríamos posesión como Marco Antonio de las alturas de la Dalmacia. Y acaso ese miserable terruño sólo nos serviría, como al viejo avaro de *Cañas y barro*, para enterrar en él á nuestro primogénito. No importa: lo ignoramos, y aquella miserable aranzada es para nosotros una acotada

costa, tras de la cual se esconden los apacibles y codiciados valles de Canaán.

*
* *

Yo he pensado también en fabricar brillantes. Primero con el trabajo y la actividad. Brillantes verdaderos, con que ornar todas las gargantas de las mujeres que he encontrado á mi paso y que han embellecido mi vida con una sonrisa ó siquiera con un piadoso gesto. ¿Por qué he sido pobre? Yo hubiera derrochado todos los sestercios ciceronianos, todos los vastos dominios de un Mackay ó de un Rockefeller en enviar adorables estuches perfumados á cuantas mujeres se dignaran conversar conmigo. Sin que ellas supieran la procedencia, hallarian entre sus manos cascadas de topacios, diamantes y rubíes, que tendrían sobre los de Fausto la inmensa ventaja de ser donados sin esperanza de recompensa. No habría una sola mujer adorable que no pudiera adornar sus diminutas y rosadas orejas, sus brazos ebúrneos ó flácidos, sus bustos torneados ó exangües, con joyas que la consolaran por algunos momentos del dolor de vivir. Ovidio y don Francisco de Quevedo se escandalizan ante el lujo de la mujer. Por mi parte, no sé para qué puede servir el dinero sino para cubrir de flores y de joyas al ser amado, para hacerle olvidar, siquiera sea por breves instantes, nuestra miseria y nuestro egoísmo. Mujeres á quienes conocí: lamentad que no sea yo quien haya encontrado el secreto de cristalizar el carbón. Yo arrojaría en silencio mis tesoros á vuestros pies. Y luego, medio desnudo, tal vez hambriento, poco me importaría tenderme en el campo, mirando de cara la luz de las estrellas. Había sido bueno, y la

Naturaleza sería mi trono y las constelaciones darían la vuelta para saludarme. Y á la madrugada, el canto militar virgiliano del ave que custodia los hogares tranquilos, rasgaría el silencio del alba riante para cantar en mi honor el himno de los triunfadores del egoísmo y la mezquindad.

¿Sabéis quién edificó Tebas? No fué el oro de los conquistadores, ni el martillo y la azada de los siervos, ni el poder invencible de los caudillos. Fué la lira de Orfeo. Sólo puede levantar verdaderas ciudades quien lleve en su corazón el acorde romántico. Sólo puede dar joyas el que tiene por corazón un arca cincelada.

* * *

Si es cierto que el ingenioso Lemoine es un iluso, y que verdaderamente cree haber descubierto la fabricación de piedras preciosas, yo no le compadezco. Es feliz con sus sueños. Sus cofres jamás estarán inexhaustos; llenos lo estarán de esperanzas, que valdrán tanto para su fantasía como para el judío las fantásticas doblas del Cid. En cambio, tengo piedad del archimillonario, que, ahito de goces y riquezas, se atormentó por explotar las falsas joyas del inventor.

El hubiera querido, el poderoso, el magnífico, atesorar nuevas é incalculables riquezas. ¿Para ornar con ellas cándidas frentes? ¿Para ceñirlas en brazaletes de mórbidos brazos acariciantes? No; sino para contemplarlas en la obscuridad, solitario, febril, *lucis pavidus*, como dice Anneo Séneca, sumergir en ellas las manos y recrearse con el abominable placer egoísta. Y sobre todas aquellas piedras resplandecientes se hubiera proyectado una sombra. Hay siempre, ha dicho con soberana in-

tuición Carlyle, una mancha en nuestro sol, que no es sino la sombra de nosotros mismos. Quien fabrica brillantes y los da, vale más que quien los adquiere y los guarda. Así valen más que las amatistas y los zafiros del avariento los vidrios azulados del loco y espléndido, dadivoso y gentil.

La mujer es cara, dice un escritor muy notable, en un libro cuya lectura me ha hecho sufrir, y al cual, por fortuna, no he dado su nombre. Un día podremos prescindir de ella y la vida será mejor (!). Un día, la mujer se arrancará los ovarios y los dejará en cualquier parte para que sean fecundados artificialmente, y el hombre podrá disfrutar solo de sus riquezas, no necesitándolas para nada. Y luego echa la cuenta de lo que gasta la mujer en vestir, en horquillas y en jabón para lavarse las manos. No entiendo ese lenguaje. Mi placer consiste en darlo todo, y me considero dichoso cuando es una mujer la que lo recoge, en vez de recogerlo un avaro que guarde en la sombra mis diamantes humildes, fabricados al horno de todas las llamas entusiastas, para que les dé el sol sobre cuellos y manos que, por ser de mujer, valdrán siempre cien mil veces más que las mías.

Fabricad cuantos diamantes podáis, ¡oh genios! y luego arrojadlos á manos llenas sobre cabezas soñadoras, morenas ó blondas. Aprended á ser grandes señores, y si no podéis arrojar sobre ellas verdaderos brillantes de límpidas facetas, echad vuestras cuentas de cristal. ¿Teméis ser pobres? Entonces ya lo sois. ¿Sabéis ser generosos? En tal caso sois ricos, aun cuando sean falsos vuestros tesoros y tengáis que vestiros de pedazos de lienzo, como Epicteto. No hay andrajo que no tenga reflejos de armíño cuando se lleva con gallardía.

Mujeres, no temáis á la crítica parleruela ni á

las cuentas detalladas de vuestros censores. Somos muchos los que os amamos, los que seguimos convirtiendo el carbón en piedras talladas, los que para vosotras aspiramos á arrancar sus secretos á la química de los cuerpos y á la de las almas. Cuando oigáis improperios, no lloréis. Aun quedamos bastantes artifices, y mientras arda el rescoldo bajo nuestros humildes crisoles, si no tenéis oro, por lo menos diamantes no os faltarán.

Teatro nacional

Esta vez parece que va de veras; tendremos teatro nacional. Hace tres décadas, cuando se creía de buena fe que el Estado central no debía realizar misión alguna que pudiera ser desempeñada por un Estado ú organismo inferior, esta nueva inmisión de lo gubernamental en lo artístico hubiera parecido una enormidad. Ahora van las corrientes por un socialismo manso y humilde, que atribuye al Estado no sólo la misión de hacernos más pobres, sino la de despertar en nosotros nuevas necesidades. Habrá, pues, teatro nacional, orquesta oficial y arte de plantilla, y es de esperar que, con el tiempo, tendremos escalafón de autores, plana de reserva de comediantes y arrendataria de sainetes y melodramas, previa, como es natural, la censura que tanto gusto dió en aquellos corrales *ubi Comedias fuit*.

Muy cerca de treinta teatros hay en la actualidad abiertos en la corte, y aun anúnciase la apertura de cuatro ó seis, entre los cuales se halla el de la Princesa, adquirido por la compañía Mendoza-Guerrero. En todos ellos un público numeroso se

disputa el honor de escuchar obras de Benavente, Rusiñol, Guimerá, Dicenta, los Quintero, Linares Rivas y de cien jóvenes entusiastas, cuyas obras son acogidas con aplauso. Las joyas de nuestra literatura, las obras maestras de nuestros clásicos, tienen intérpretes y admiradores. Pero ello no satisface á nuestros educadores artistas. En su sentir, y contra el axioma, sabe más Voltaire que todo el mundo, y más que cien mil espectadores Rodríguez San Pedro. En ningún teatro se hace arte verdadero, y es preciso que un flamante comité de lectura nos diga qué obras son excelentes y cuáles debemos aplaudir sin desdoro de nuestra conciencia literaria.

El más fuerte argumento de los partidarios del teatro oficial es que existe en París. Oyendo lo cual, recuerdo á *Clarín* y á su gran Zurita: «¿Qué es Metafísica?», preguntábale irónico el profesor. Y Zurita, á vuelta de vacilaciones y tartamudeos, contestaba: «El caso es que yo he estudiado en Valencia...» «Pues bien, señor Zurita—insistía el maestro en tono zumbón, entre las risas de los escolares—: ¿qué es metafísica en Valencia?» Análogamente cabe preguntar: Eso del teatro nacional en París, ¿es ó no un solemnísimo disparate? ¿Educaban verdaderamente á las masas las obras de Bernstein y Capus? ¿Faltaría escenario á estos autores si se les cerrase el de la Comedia?

Nada más libre que la belleza; es posible imponer un dogma, una ley, una conducta; no lo es declarar intangible un credo artístico. Mucho antes que la Reforma cambiara el mundo del pensamiento, iniciábase el Renacimiento, transformando el mundo del ideal. Cuando aun la Revolución que cerró el siglo XVIII con llave de fuego en una vaga aspiración en el autor de *Emilio*, el arte se-

ñalaba un regreso al neoclasicismo y á las puras líneas de la democracia griega y romana. En Triánón, y esculpidos en piedra, estaban ya los derechos del hombre. Las mismas catedrales, alzadas con místicos fervores, llevaban en sus piedras, como protesta de los obreros, los signos masónicos. Arte oficial es arte aniquilado. El genio, como el elefante, no procrea en la esclavitud.

*
* *

El propósito es decidido: El Estado sostendrá, con el dinero de los contribuyentes, un teatro oficial. ¿Pero dónde? En Madrid. En cuanto á Barcelona, puede seguir admirando á Tonet y la Paula en el Paralelo, ó á los mismos en el teatro Onofri. Valencia, Sevilla, Bilbao, Zaragoza, nada tienen que hacer en este bello resurgimiento, sino pagar un nuevo privilegio de la villa del oso y del vagabundo. Madrileño de cepa, lamento como el que más esta desigualdad. Si hay que educar á las muchedumbres mediante el teatro, lo lógico es que haya no uno, sino muchos teatros oficiales, ó que no lo paguen sino los que hayan de disfrutar de sus beneficios. Si Madrid es el centro de la cultura artística, razón de más para que el teatro sea instalado en Vitigudino ó en Aldeanueva del Arcepreste. Tantos teatros como pueblos; eso sería lo equitativo. Los vecinos del último villorrio, que se revientan sobre la tierra estéril para pagar la contribución, no tienen la culpa de que á los madrileños les deleite más *La alegre trompetería* que *El bastardo Mudarra* ó *El Arauco domado*, de Lope, y de que haya necesidad de desasnarles de real orden. Un teatro Nacional, pagado con el dinero de

todos, debe ser para todos, ó no hay justicia en el ministerio de la Puerta de Atocha.

Otra consideración se me alcanza de interés no liviano. Si el fin de este nuevo teatro es el de educar á los públicos, puesto que para divertirle hay ya no pocos, habrá de procurarse que no tengan acceso á él las clases llamadas directoras, ni los elementos que se apellidan intelectuales. Puesto que se trata de elevar el nivel artístico de los espectadores, cuanto más ignorantes ellos sean, mejor. Todas las localidades deberán ser de bajo precio, y aun á ser posible gratuitas. No habrá sino escoger en las escuelas á los más topos y llevarles al nuevo teatro, y allí servirles á todo trapo *El pastor Fido* y *La puente de Mantible*, hasta que se despabilen y se enderecen el magín. Pero ya verán ustedes como los que van al Teatro Nacional son los ricos, á hablar de sus asuntos, mientras en el proscenio se representan traducciones, arreglos y demás lindezas exóticas.

Y en cuanto á estrenar los autores nuevos, parece algo reñido con el fin depurador del teatro. Conocido ya el don de errar que suelen tener los directores artísticos, lo probable es que el público aprendiera únicamente á patear frenéticamente, resultado pedagógico no previsto. No habría más remedio que atenerse al viejo repertorio, y aun así, teniendo en cuenta que los gustos, como los ideales, cambian, y que tal obra, que pudo parecer admirable en tiempos, puede hoy ser soporífera, y tal, que hizo antaño llorar, provocar hoy la risa más estridente y desconsiderada.

Puestos los gobiernos á proteger el teatro, no hubiera sido inoportuno suprimir los innumerables tributos y gabelas que hacen hoy su vida penosa. Tal vez bastaría esta sana medida para que en

todas partes aparecieran nuevos coliseos, y con ellos digna ocupación á literatos y comediantes, con provecho de la cultura. Según se ve, ha de seguirse contrario camino; se sacrificará á todos en bien de uno solo. Y ¡ojalá que ese uno responda á su fin, y lo que ideóse teatro no salga á la postre oficina, y lo que se concibió como templo de arte no resulte en definitiva coto cerrado!

Esperemos á que el público—ese buen público, á quien con tanto empeño se quiere educar—sea el que falle en definitiva. El habrá de decir si le conviene ó no un Parnaso oficial, y si son ó no los tiempos propicios á las tahonas literarias reguladoras.

Simancas

La mano segura y firme de Paco Zorrilla hace girar la manivela del regulador y nos lanza á sesenta por hora sobre el camino polvoriento. Sobre nosotros parece precipitarse el paisaje en visión cinematográfica; árboles, caseríos, carromatos, pasan á nuestro lado como arrastrados por un impetuoso huracán. Cerramos un momento los ojos, reclinados en los almohadones del Minerva, y nos sentimos llevados con suavidad que brinda á la molicie. Tal debió ser llevado por el mismo angosto itinerario en su litera don Juan el Segundo, cuando desterró al Condestable y fué á avistarse con los infantes de Aragón en Cigales; y no menos blandamente debió ser llevado en su hacanea, cuatrocientos cincuenta años antes, Mohamed el Almanzor, cuando, dispuesto á apoderarse de Septimania, dió origen á la inverosímil leyenda de las

siete doncellas mutiladas por sí mismas para salvar su castidad, y cuyas siete manos fueron esculpidas en el blasón del viejo castillo de los Enriquez, probándose así cuánto más fuerte que la historia es la poesía, sobre todo cuando es el pueblo quien le da calor en su seno.

En plena urbe, el carruaje automóvil no es sino una grandeza más entre tantas como cautivan al visitante; sobre un camino de histórica ranciedad vetusta, el alarido de su bocina parece un lamento de las sombras de los guerreros legendarios, de los fantasmas que, encerrados en sus corazas y espaldas, yacen sueño de piedra bajo los surcos verdegueantes, esperando en vano una galvanizadora evocación de los siglos.

Subimos una tortuosa cuesta; pasamos rozando con el cubo de la rueda un pretil; párase el auto en brusca sacudida, y saltamos sobre la tierra heroica. Allí está Simancas, apiñada, terrosa, con sus viviendas solitarias, misérrimas, en que no se oye rumor de actividad, como si se hubiera dormido aquel mismo día en que el rey don Enrique despachó para su defensa 3.000 caballos, según Mariana, y 12.000, según Castillo, «habiendo ellos de retirarse muy afrentados de su poca cordura».

A la izquierda se alza la fortaleza, con sus bien engendrados cubos de pulcramente labrada sillaría. Más allá de los ventrudos y próceres torreones, surge una edificación absurda y bizarra, que en nada recuerda el genio de Herrera. Aplasta una plomiza techumbre su altiva gallardía; á modo de cimballo monstruoso se yergue en medio un capítulo deforme. Balcones y rejas reemplazan á los ajimeces, y más allá son sustituidos por redondas lumbreras. Tiene todo algo de granero ó de palo-

mar. Pero aun existe el foso y el puente prístinamente levadizo, y una vez pasado el imponente ingreso, bajo la bóveda horadada de la vieja puerta militar, es posible evocar á los defensores que arrojaban sobre los sitiadores aceite hirviendo, y hacían huir por los antes yermos y ahora espléndidos campos, á través de la vega riente, hacia la confluencia de los ríos, á las huestes de los conjurados. Allí se alzan las barbacas, y allí cubren los musgos las plazas de armas en que se alinearon los mesnaderos de don Juan Pérez de Galindo, acaso allí mismo donde las abejas de dos colmenas susurrantes laboran su miel.

Recorremos una á una más de cuarenta estancias amplísimas, y contemplamos en sus estantes, prolija y discretamente tallados en roble, los legajos que no podemos llamar polverientos; tal es la pulcritud y limpieza con que están conservados. Allí duerme la historia verdadera; la que aun no se ha escrito. No hay en ellos más polvo que el de las grandezas ficticias. Allí están las instrucciones secretas de Torquemada á los inquisidores. Más lejos se apiñan los datos que, de ser conocidos, empuerquecerían los tres reinados más gloriosos: el de Isabel, Carlos y Felipe. Alguien dice á mi lado en voz baja:

—¡Qué gloriosa la España que fué!

Y yo pienso, meditando, en el atraso, y en la incultura, y en la barbarie, y en la esclavitud, y en la falsa historia. ¡Cuánta pequeñez y cuánta villanía!

Catorce legajos guardan la correspondencia de Carlos III. Pero allí no se habla sino de montería. La caza, incesante, monomaniática, es todo su asunto y la rencilla familiar. De proyectos, de ideales, nada. Tal fué aquel monarca tan ponde-

rado, que tal vez no tuvo otro mérito que el de ser heredero de su hermano y llamar á su lado á Floridablanca.

En amplias vitrinas están los más codiciados autógrafos: Colón, Cervantes, Ticiano, Belarmino, Benvenuto. Y luego están las reinas infortunadas, la Tudor, la Bolena, las mujeres del rey Sombrío, el infante don Carlos, los grandes caudillos, los transformadores del pensamiento y de la vida... Toda una sucesión de mundos, formados con nebulosas de llanto de pueblos. Y no puedo menos de pensar, no en los grandes, sino en sus siervos desarrapados, sucios, ignorantes, astrosos, viles. ¡Oh la España que fué! Conservemos estos legajos, no para ensalzarla, sino para hacer su proceso, para desmentir á los vates hueros y á los declamadores cursis y á los prosistas de paullevar, afeminados por el sensualismo y agotados por el alcohol. El pasado es brutalidad y miseria; su arte no es libre, es decir, es mezquino; sus héroes aparecerían hoy, en esta sociedad á la cual se tacha de egoísta, brutales y odiosos; sus sabios serían charlatanes; sus políticos, únicos autores de la decadencia—si la hay en lo importante, que es en lo racional—verdaderos fantasmones, sin juicio ni relieve.

Perdón: yo no admiro al atraso, ni la tiranía, ni los cuentos embusteros y embrutecedores que apartan la mirada del pueblo del porvenir. Nuestra historia es mentira, fueron mentira nuestras grandezas; el pueblo no las tuvo jamás. Fué esclavo de unos cuantos audaces, que arrancaron á los súbditos su independencia, á la tierra su fecundidad y á la patria su honra y prestigio; que todo lo esquilmaron y empobrecieron para vivir entre paredes desnudas, artesonados inútiles y antihigiénicos.

nicos, baldosas deleznable y muebles incómodos, ingiriendo alimentos malsanos, hablando siempre de cosas vulgares y creando la falsa leyenda de un vigor físico que desmiente la pequeñez notoria de sus cascos y sus armaduras. Hubo un tiempo en que el sol no se ponía en nuestros dominios—se dice—. Pero no; no eran nuestros dominios; eran los de los reyes y magnates. Los pobres no tenían sino el desconsuelo de enviar á sus hijos á morir á las cinco partes del mundo.

Hemos visto las salas de *Estado* enlosadas de jaspes, en que sonaron los suspiros del cautiverio. Allí fué encerrado el infante don Fernando, que luego fué el Católico, ó el desleal, según Guicciardini, so pretexto de seguridad de su noble persona; allí declaró don Pedro de Guevara á cuestión de tormento contra el gran capitán, duque de Nájera, el conde de Ureña y otros grandes; allí gimió en sus hierros el vicescanciller Antonio Agustín, desagradador de Fernando en las Cortes Aragonesas, como don Pedro de Navarra, mariscal de aquel reino y marqués de Cortes. Y allí pendieron centenares de súbditos de la argolla que se ve todavía entre los florones que hoy decoran el cubo de la que fué prisión de Acuña.

En 28 de Octubre, vestido de ropas tálares, rodeado de los grandes y del Consejo en la plaza de Valladolid, y subidos todos en un estrado, cubierto de riquísimos paños recamados de oro y de plata, el emperador Carlos V, tan elogiado por sus aduladores como clemente, hizo leer á un escribano de su cámara la famosa carta de perdón general. Poco después más de trescientos comuneros sufrieron tremendo castigo; entre otros nobles, letrados, escritores y procuradores, así éviles como eclesiásticos, se encontraba el obispo Acuña. Con

grillos en los pies y esposas en las manos, comparió ante el famoso alcalde Ronquillo. El verdugo ató las manos y los pies al obispo, y puso en éstos una cadena y una pesa de cuatro arrobas, colgándole las manos de una garrucha. Descoyuntado, Acuña se negó á declarar lo que, según él, no sabía. Se le negó abogado, y su enemigo feroz, Ronquillo, hizo que le llevaran á un lecho, en donde pasó su postrera noche febril.

Antes de la tarde siguiente se le sacó al suplicio, y los clérigos de Simancas, atribulados, entonaron el salmo de David. Acuña se encaró con el ejecutor y le dijo:

—Sabe tu oficio y haz por apretar recio.

Zaratán le echó al cuello el lazo y le dejó colgado en la almena.

Tal era la clemencia de Carlos el primero, el grande, el magnánimo, con los defensores de la verdad.

¡Oh historia! Embustera, institutriz odiosa de la vida. Tú nos has fingido grandezas donde sólo hubo liviandades y pequeñeces. Esto pensaba yo en Simancas, con la esperanza de que algún día de aquellos legajos saliera un terminante mentís para todos los historiadores asalariados. Todas sus famosas y decantadas magnificencias eran propias solamente para recrear á los espiritas enfermizos.

Salimos del castillo; el yerto pasado me abrumaba. ¡Con qué placer vi el Minerva gallardo de Amberes! Me parecía que me perseguía todo un mundo de espectros fanáticos; ansiaba entrar de nuevo en la vida civilizada.

—Amigo Zorrilla, ¡á setenta por hora!

Partimos raudos; volvió á precipitarse sobre nosotros el paisaje; un aire puro, vivificador, entró

en nuestros pulmones; lanzó la bocina su grito resonante.

Parecía un acorde de alegría, un potente alarido de triunfo del presente justiciero, que veíamos llegar por delante, sobre el pasado monstruoso, cruel y abominable, que quedaba detrás.

ESCENAS RÚSTICAS